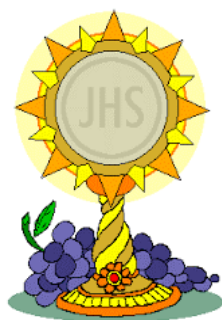


SEPTIEMBRE



“ven... y verás”

GRANDEZA DE LA ADORACIÓN

(1)

Leemos en Mt 2,11: *“los Magos) entraron en la casa, vieron al niño con María y, cayendo de rodillas, lo adoraron”.*

LA ADORACIÓN, ALGO PROPIO DEL HOMBRE: El ser humano ha sido “diseñado” por Dios para la unión y el encuentro con El. El hombre finaliza en Dios como el río en el mar. *“Nos hiciste, Señor, para Ti; por eso nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en Ti” (San Agustín).* La adoración es una necesidad básica para cada persona. No todos adoramos al mismo Dios, pero todos adoramos a algo o a alguien. Y ¿por qué este deseo en el interior del hombre? Porque ha sido creado por Dios para ello: *“El hombre es creado para alabar, hacer reverencia (adorar) y servir a adios nuestro Señor”* -escribe en sus Ejercicios San Ignacio de Loyola. La Biblia satisface esas preguntas fundamentales que todo hombre se plantea alguna vez en su vida. A través de ella Dios llega a nosotros para decirnos: **“Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás” (Mt 4,10).** **“No tendrás dioses ajenos delante de Mí” (Ex 20,3)** Adorar se dice en griego *proskinesis*, que “significa el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir” (Benedicto XVI en Colonia, la JMJ 2005). A su vez “la palabra latina para adoración es *ad-oratio*, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La sumisión se hace unión porque aquel al cual nos sometemos es Amor” (ídem). Los Magos iniciaron su camino convencidos de que Dios existía con la inquietud de dar con El. Eran personas que “tenían hambre y sed de justicia”; un hambre tan grande que los lanza al camino para adorarle y ponerse a su servicio. Como ellos, en medio de un mundo roto e incluso hostil, me pregunto: ¿por qué soy adoradora? ¿Qué experiencia está detrás de ese deseo que ha surgido en mí? Y caigo en la cuenta que adorar supone previamente una Presencia. Se trata aquí de una “enorme” Presencia que puedo constatar en algunos pasajes de la Escritura. El episodio de la Zarza ardiente (Ex 3,1-6) (Moisés, estás pisando tierra sagrada; descázate las sandalias). La visión de Isaías oyendo cantar el Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos... El episodio de Abrahán: “sal de tu tierra...” (Gen 12,1) La adoración no es sólo una como necesidad básica del hombre; es un mandamiento de Dios: **“amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu ser” (Dt 6,4).** Sólo Dios es digno de nuestra adoración y alabanza: *“Adorad a Jahvé en la hermosura de su santidad” (salmo 29,2)*

LA ADORACIÓN, RESPUESTA A UNA PRESENCIA: La adoración es la respuesta a la Presencia de un Dios, lleno de majestad y de gloria, que ha descendido hasta nosotros. Es una respuesta consciente del creyente a la presencia de Dios. Adorar es un acto de reconocimiento de la inmensidad, la majestad y la gloria de Dios. Adorar la Eucaristía es adorar a Dios mismo; no es detenerse ante un símbolo sino contemplar con estupor y asombro la Presencia Divina que ha descendido a nosotros. No es posible estar ante Dios sin que nada se conmueva en la persona que adora (el monje del Parral...¡¡¡me estaba mirando Jesucristo...!!!). La adoración eucarística nos

permite recuperar el asombro ante este misterio. La adoración eucarística es la respuesta al “Dios con nosotros” en un culto que abarca no sólo el día sino también la noche, uniéndose así al culto del cielo, donde “día y noche”, sin cesar, se adora, se bendice, se rinde honor y gloria al Cordero y al que está en el Trono (Apoc 4,8-11). Ese testimonio de fe y de amor hacia la Presencia real del Señor en la Eucaristía es un testimonio que interpela al mundo y atrae a quienes –como los Magos- están en búsqueda de Dios y llama la atención de quien se encuentra lejos del Señor para que se acerque a Él. Concluyendo, podemos decir que “estar” en adoración es responder a un Amor que no cesa nunca de amarnos. Estamos ante Él con todo el ser, según aquello de San Pablo en su carta a los Romanos: *“Os ruego que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios...”* (Rom 12,)

OCTUBRE 2017



“ven... y verás”

GRANDEZA DE LA ADORACIÓN

(2)

LA ADORACIÓN ES ASOMBRO... Tal confrontación con la majestad divina, hará que nuestra adoración esté enmarcada dentro de una actitud de reverencia. La adoración a Dios implica un acto de sometimiento voluntario al Señor, rindiéndole todo nuestro ser. Por eso la verdadera adoración lleva consigo la entrega total a Dios en una actitud de humildad verdadera. **Quien se acerque a Dios para adorarlo, ha de ser consciente de a Quién es al que va a adorar:** al Dios Único y Verdadero, al Altísimo, al Rey de reyes y Señor de señores. Habrá de vivenciar aquello de “estás pisando tierra sagrada, descázate”.

La actitud de reverencia no solamente es el marco necesario para la adoración, sino que es también una consecuencia de adorarlo y de experimentar la presencia de Dios. Tener un encuentro con Dios nos llevará a palpar algo de su indescriptible grandeza y majestad. Y quien viva tal experiencia, no podrá evitar sentir suma reverencia ante la presencia del Señor. El Diario espiritual de San Ignacio de Loyola está lleno de esas vivencias sagradas. Otro tanto podemos constatar en los escritos del santo Hermano Rafael.

Adorar a Dios es reconocer su absoluto señorío sobre todo, incluso sobre nuestras propias vidas. La figura de Abrahán dispuesto a “salir de su tierra sin saber adónde iba” o a sacrificar a su hijo Isaac es un ejemplo luminoso del señorío divino. “Yo soy el Señor” leemos en la Biblia cuando se dan a conocer al hombre los Mandamientos. En la adoración cedemos *voluntariamente* el trono de nuestro corazón para que sea el Señor quien reine en y sobre nuestras vidas. Al venir ante Dios en adoración, ya no solo le exaltamos por todo lo que hace por nosotros y por todas sus maravillas; más allá de todo eso, la adoración lleva consigo exaltarle y engrandecerle **POR SER ÉL QUIEN ES, DIOS INFINITO Y SEÑOR ABSOLUTO DE TODO.** Ante El nuestro ser entero queda “derramado” a sus pies, en adoración profunda, tal como María cuando derramó su perfume ante el Maestro. La adoración nos permite recuperar el “asombro” ante el misterio de Dios. Y este asombro es el que nos hace intuir que Dios es diverso de como nos lo habíamos imaginado. Nos pasa como a los Magos que vinieron de lejos a “adorarlo”. Esperaban encontrar a un Rey poderoso y hallaron a un Niño colocado sobre las pajas de un pesebre.

Como decía Benedicto XVI en la JMJ de Colonia: “Los magos debían cambiar su idea sobre el poder, sobre Dios y sobre el hombre, y así cambiar también ellos mismos...Al poder prepotente de este mundo, él contrapone el poder inerme del amor. Dios es diverso; ahora se

dan cuenta de ello. Y eso significa que ahora ellos mismos tienen que ser diferentes, han de aprender el estilo de Dios". Es importante, en la adoración, descubrir el verdadero rostro de Dios. Los Magos de Oriente lo encontraron, porque en Jesús se ha manifestado el verdadero rostro de Dios; *"quien me ha visto a mí, ha visto al Padre"* dijo Jesús al apóstol Felipe. Ahora no ya en Belén, sino "en la Hostia consagrada él está ante nosotros y entre nosotros". Se oculta misteriosamente en un santo silencio. Por nosotros se ha hecho grano de trigo que cae en tierra y muere y da fruto hasta el fin del mundo. En la custodia está él presente, como entonces en Belén. Y nos invita a esta peregrinación interior que se llama adoración".

En la adoración Dios mismo llega a reunirse con sus hijos. La adoración nos une más a Dios y nos lleva a verle no sólo como el Todopoderoso y el Altísimo, sino también como el Dios de amor, que es el Padre celestial.

NOVIEMBRE



“ven... y verás”

GRANDEZA DE LA ADORACIÓN

(3)

LA ADORACIÓN, LENGUAJE DE AMOR: Hablar de adoración es como hablar de amor. Amor que viene del Corazón de Dios y brota igualmente en el pequeño corazón del hombre. La adoración es una expresión de amor y sobrecogimiento al Dios que nos da más de lo que merecemos. **Es un estar frente a Él para “amar y dejarse amar”.** Vengo a quererte y a que me quieras. Y para ello nada mejor que vivencias la frase de aquel campesino de Ars que, preguntado por el santo cura qué es lo que hacía en la iglesia, respondió: **“Yo le miro y El me mira”.** La adoración es cuestión de amor y este amor se puede expresar de formas muy variadas: rezando, cantando, tocando instrumentos... En la adoración se unen dos sedes: la sed de Dios, cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres, y la sed del hombre que, como el ciervo herido, busca y anhela a Dios.

La sed del hombre y la sed de Dios se encuentran y se sacian recíprocamente en la adoración. Solo el amor infinito de Dios llena el infinito vacío del hombre. Todo hombre tiene sed de eternidad, de infinito, de trascendencia. Esa sed es, en realidad, sed de Dios. Así lo expresa el salmista: **“Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo” (salmo 42,3).** Y la Buena Nueva que nos revela el Señor es que también Dios tiene sed del hombre y de su salvación y felicidad. **La adoración es la fuente de agua viva que sacia la sed de vida de todo hombre.** Jesús expresa a la samaritana la sed que sentía y le pide agua: “Mujer, dame de beber”; y ese diálogo culminará con la pregunta de la samaritana sobre dónde se ha de adorar a Dios,

Escribía en su Diario la Madre Teresa de Jesús Ortega: “Tengo sed, Señor... Una sed que me consume y que me mata. Una sed que sólo se apaga –o al menos, se alivia- con un aumento de sed. Tengo la sed del caminante del destierro, abrasado por la arena seca y por la calentura interior... **Tengo sed de Ti, de tu mirada, de tu presencia, de tu contacto...** Tengo sed de tu compañía...de tus palabras...de tu amistad...de tu amor... Hay un grito devorante dentro de mí, que me empuja a Ti y que me hace salir de mí y de las cosas para alcanzarte...”

Por la adoración de los Magos que ofrecen al Niño sus regalos, vemos que **la adoración comporta también una donación.** Sirviéndole, querían servir junto a él a la causa de la justicia y del bien del mundo. Y en el portal de Belén aprenden que deben entregarse a sí mismos. Un don menor que éste sería poco para este Rey y aprenden también el modo de ser de Dios mismo. Ya no se preguntarán: ¿Para qué me sirve esto? Se preguntarán más bien: ¿Cómo puedo contribuir a que Dios esté presente en el mundo? Tienen que aprender a perderse a sí mismos y así encontrarse. **La adoración es, pues, perderse a sí mismo y encontrar a Dios.**

Escribiendo sobre esto, se expresaba así la Madre Teresa de Jesús Ortega: “Hay que empezar a vivir ese acto de adoración puro, que será todo el quehacer de los bienaventurados en

el cielo. Que todo mi ser respire a ese Dios por el que suspira -consciente o inconscientemente- la humanidad entera...y al que tiene derecho toda esa humanidad hecha para Dios. **Mi misión consiste en una cosa única: endiosarme..., transformarme en Jesucristo...**Y esto de prisa porque la hora bendita del encuentro definitivo se acerca velozmente, y en ese momento el alma tiene que estar ya en condiciones de abismarse en Dios por toda la eternidad”

Y en otro pasaje: **“Le quiero a Él, sin intermediarios.** “No quieras enviarme / de hoy más mensajeros / que no saben decirme lo que quiero”. Le quiero a Él solo...quiero su mirada...su rostro divino...ahora en fe..., luego en la visión facial de los cielos. Quiero su presencia y su figura, fuera de eso...no quiero nada”

“ven... y verás”



GRANDEZA DE LA ADORACIÓN

(4)

LA ADORACIÓN NOS “CENTRA” EN DIOS: Adorar es centrar la vida en Dios. **Estar con el Señor en adoración es centrar nuestra vida personal y de Iglesia en Cristo.** Adorar es un modo sublime de permanecer en el amor del Señor (el que permanece en mí, da fruto) y, por eso, **la adoración hace fecunda nuestra vida.** Quien adora la Eucaristía está adorando al Corazón de Cristo, que es la puerta de ingreso al Cielo. Por eso quien lo adora alcanza su cielo en la tierra.. Con toda razón podemos decir que la custodia es una puerta abierta al cielo, un faro de luz en medio de la noche y un oasis de paz y de silencio entre el aturdimiento de un mundo tan ruidoso. Estar ante la custodia con la Palabra de Dios hecha carne es el cielo que abraza la tierra y te abraza a ti en concreto.

Este “centrarse” en la vida le hacía escribir a la Madre Teresa de Jesús Ortega: “Grita con una fuerza que rompe silenciosamente las membranas del alma...Dios, Dios, Dios..., y repitiendo este nombre, el alma gasta todas las energías y ya no le queda más que decir...Dios..., Dios..., Dios...no te entiendo, pero te amo...Dios...Dios eres mi respiración y mi vida,,, mi fuerza, mi todo...Eres...pues eso...eres Dios. Dios... quiero ser Tú...sólo para amarte como Tú necesitas ser amado...quiero ser Dios para darte, oh Dios..., eso que no puede darte nadie más que Tú mismo...Dios. Quisiera escaparme del tiempo y del espacio...y gritar sólo Dios...Dios...Dios. Llevo en el alma una fiebre, un grito de *algo* que se llama *plenitud*...algo que lo llena todo, que da la vida y mata, que pone luz y ciega...No sé...” Y en otro lugar: “En Jesucristo ha depositado el Padre todo su amor...**En Él encontrarás todo lo que buscas.** Que Cristo coja el alma y la endiose de tal modo que el alma no sepa ya de estilos, ni de cosas; no sepa más que de Cristo. **Él sea tu tema, tu posesión, tu tesoro, tu todo.** Que Cristo invada hasta las entrañas del ser...No quede nada que no sea de Él”.

LA ADORACIÓN ES UNA ACCIÓN DE GRACIAS: Adoración es acción de gracias de un ser no sólo creado, sino amado. De hecho, la adoración es posible porque anteriormente la precedió una Eucaristía, que es la Acción de gracias por excelencia. Es como **un reposar y gustar el sentimiento de gratitud y agradecimiento que actuamos en la Misa.**

LA ADORACIÓN “EN ESPÍRITU Y EN VERDAD”: La adoración ha de hacerse “*en espíritu y en verdad*”. “*Llega la hora –decía Jesús a la samaritana- en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren*”. ¿Cómo sabremos adorar a Dios en espíritu y en verdad? Poseemos una pista preciosa. Miremos a Jesús. El dijo: “*Yo soy el Camino..., nadie va al Padre sino por mí*” **La naturaleza de la adoración cristiana es de dentro hacia fuera.** Tiene que ver con lo más hondo de nuestro ser y requiere tres cosas: 1) Hemos de “nacer de nuevo”. Sin el Espíritu Santo habitando dentro de nosotros, no podemos responder a Dios en adoración, porque no lo conocemos (“*nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios*” - 1 Cor 2,11). 2) Se requiere una

mente centrada en Dios y renovada por la verdad (*“transformaos por medio de la renovación de la mente” - Romanos 12,2*) 3) Solamente podremos adorar “en espíritu y en verdad” si tenemos un corazón puro, arrepentido y abierto. Cuando el corazón de David estaba lleno de culpa por su pecado con Betsabé (2 Samuel 11) se dio cuenta de que no podía adorar. Pero una vez recobrada la paz de su conciencia, le brotaban la alabanza y la adoración en ese precioso salmo del Miserere (salmo 51)